

CAPÍTULO XVII

Llegan á México los Sres. Hertzfeld y Galloti. — Regreso de Galloti para Europa. — Su muerte á bordo. — Me nombra el Emperador correo extraordinario. — De México á Veracruz. — De Veracruz á Francia. — De San Nazario á Miramar. — Descripción del Castillo.

Pocas semanas después de lo que acabo de relatar, llegaron á México llamados por el Emperador, los Sres Hertzfeld y Galloti, el primero consejero de Estado en Viena y el segundo cónsul de México en Roma.

Hertzfeld era un antiguo marino y amigo de Maximiliano con quien había viajado en la fragata *Novara*, en compañía de Shaffer y de Günner; así es que la llegada de este bueno y antiguo amigo fué para el Emperador un gran consuelo en aquella vida de incertidumbres y de temores que llevaba desde la partida de la Emperatriz.

Galloti, era también un viejo amigo del Emperador y ya varias veces había sido llamado á la capital del Imperio, para desempeñar en ella un puesto adecuado á sus

talentos y cerca de su Soberano; pero Galloti siempre había rehusado venir á México alegando tal ó cual motivo, no siendo el verdadero más que el miedo profundo que tenía por el clima de México, pues suponía que el vómito era endémico en todo el territorio mexicano.

Ya veremos después cómo un presentimiento fundado en sus temores, al parecer pueriles, lo tenían alejado de su Emperador y amigo.

Resolvióse por fin á venir á México; pero lo hizo con tales precauciones que no quiso desembarcar en la Habana, y al llegar á Veracruz, donde se vió obligado á pasar una noche en la ciudad, creyó morir se sintiendo todos los síntomas del vómito.

Después de pasar Galloti quince ó veinte días en México, decidió volver á Roma donde residía su familia, y dijo que no ambicionaba más honores ni más dignidades, que se encontraba muy contento en Italia y que cuanto antes quería volver allá. Agregó que sólo por cariño al Emperador, había venido á México. Concedióle pues, Maximiliano que regresase á su puesto de cónsul del Imperio en Roma y cuando después de tomar grandes precauciones para pasar en Veracruz el menor tiempo posible se embarcó á bordo del buque inglés, que había de conducirle á Europa, á corta distancia de la Habana, donde no había querido desembarcar tampoco, es atacado por la terrible enfermedad y muere á bordo del propio vapor inglés, del mismo vómito al que tenía, con razón, un miedo tan grande.

En cuanto á Hertzfeld, desde el primer día de su llegada, fué el favorito de Maximiliano; tenía habitaciones en Palacio y en Chapultepec y se pasaba largas horas hablando con el Soberano, respecto á los asuntos difíciles y á la situación tirante entre éste y el mariscal.

Mucho tiempo hacía que yo deseaba ir á Europa y ya había manifestado mis deseos al Soberano; pero éste me decía que aun no era llegado el momento de mi viaje, que no tardaría en presentarse una oportunidad y que entonces aprovecharía mis servicios en el viejo Mundo.

El excesivo trabajo de aquellos últimos días en que ya se perfilaban negros nubarrones de tormenta en el horizonte del Imperio, había quebrantado notablemente mi salud, y así lo manifesté al doctor Semeleder, quien á su vez lo indicó á Maximiliano.

Entonces fué cuando éste decidió que hiciera yo un viaje á Europa, con el nombramiento de correo extraordinario, y portando pliegos de importancia para la Emperatriz.

Me concedió además, que terminada mi misión, pudiera gozar de una licencia de seis meses para visitar las principales capitales del continente, y tuve que instruir á dos empleados del gabinete para que me substituyeran durante mi ausencia.

Agradecido profundamente á los nuevos favores del monarca, propuse para substitutos míos, á Francisco Ibarrondo, joven muy inteligente que poseía el francés

y el inglés, y á mi hermano Manuel á quien el Emperador ya conocía y llamaba el capuchino por su carácter serio y adusto.

Aleccioné á mis substitutos en Chapultepec, pues ya casi nunca dormíamos en México y por las noches salía yo sigilosamente del alcázar, á eso de las ocho y media ó nueve, para regresar á la madrugada.

Como alderredor de la capital había constantemente destacamentos de tropas francesas, me fué necesario para mis escapatorias nocturnas un pase libre, para poder atravesar las líneas militares.

A título de documento curioso transcribo enseguida el texto de ese pasaporte:

CUERPO EXPEDICIONARIO DE MÉXICO

DIVISIÓN TERRITORIAL DE LA CAPITAL

El general comandante de la subdivisión autoriza á los jefes de los puestos de la garita de Belén, de la Alberca Pane y de la garita de Chapultepec á dejar pasar libremente, sea para entrar en México, sea para salir, al señor José Luis Blasio, secretario particular de S. M. el Emperador.

El presente será valedero tanto de día como de noche.

México, 26 de julio de 1866.

El general comandante de la Subdivisión,

G. DE MAUSSION.

Llegó por fin el tan deseado día, en que había de salir de México, para dirigirme á Europa.

El siete de Agosto por la tarde, me despedí del Emperador, recibiendo de él, las últimas instrucciones y las cartas de que era portador, habiendo entre ellas un largo despacho en cifra que debía yo transmitir al general Almonte, tan luego como llegara á París, para que éste á su vez lo transmitiese á la Emperatriz, en cualquier punto que se encontrase.

Maximiliano con su benevolencia acostumbrada, me dijo que después de entregar á la Emperatriz los pliegos de que era portador, si ella no disponía otra cosa, podría yo visitar á mi antojo las capitales europeas, que no hiciera lo que otros viajeros que se conforman solo con visitar París, pues hay muchas otras ciudades de Alemania, de Austria, de Italia y de Suiza que ofrecen grandes atractivos á los viajeros. Terminó diciéndome que á mi regreso volvería á ocupar el puesto que interinamente dejaba al joven Ibarondo y á mi hermano.

El comandante Don Rodolfo Günner, que en ausencia del conde de Bombelles, de Shaffer y del tesorero Kuhachevich, era el encargado del tesoro imperial, me había dado el dinero suficiente para mi viaje, así como también las instrucciones financieras necesarias para quien, como yo, por primera vez salía del suelo patrio.

El día ocho de agosto á las cuatro de la mañana salí de México en la diligencia con mi nombramiento de co-

reero extraordinario, y escoltado por un piquete de soldados que el gabinete militar puso al efecto, para que me resguardase hasta Paso del Macho, donde debía tomar el ferrocarril.

Eran entonces tan intransitables los caminos, especialmente en épocas de lluvias, que la diligencia que me condujo á Paso del Macho, puso cinco días para llegar á este punto, así es que arribé á la citada localidad el doce de agosto.

Temeroso de no llegar á tiempo para embarcarme en el vapor francés que salía de Veracruz el día 13, telegrafí al Sr Don José María Esteva, comisario imperial en Veracruz, para que á mi llegada á Paso del Macho se pusiera á mi disposición un tren especial y pudiese llegar á buen tiempo al puerto.

El Sr Esteva, me contestó que en Paso del Macho, esperaba también una fuerza francesa que había de embarcarse en el mismo vapor que yo y que ya avisaba al comandante de ella, para que fuera yo admitido en el tren militar que había de conducirnos á Veracruz.

Tan luego como llegué á Paso del Macho, presenté mi pasaporte al comandante francés y éste me hizo ocupar un asiento entre la oficialidad, que abandonaba el país.

Salimos de Paso del Macho á los doce de la noche del día doce, llegando el trece á las nueve de la mañana á Veracruz.

Á mi llegada fui recibido por el Sr Esteva, con quien

hablé largamente de la situación del Imperio, que él juzgaba desesperada, y él fué quien me contó el episodio doloroso de la Emperatriz relativo al bote con bandera francesa.

Se acercaba la hora del embarque y el Sr Esteva me acompañó hasta el muelle entregándome mi boleto de primera para el buque, diciéndome que ya estaba cubierto su importe y rehusándose muy formalmente á recibirlo de mí. En el muelle se me presentó un marinero austriaco llamado Sponza que Günner había puesto á mi disposición para servirme de camarista durante el viaje. Iban además cuatro criados de Palacio, despedidos, pero ampliamente pagados y que regresaban á Viena. Sponza debía seguir conmigo hasta Trieste.

Al mediodía del trece de agosto, *La France* que así se llamaba el transatlántico que había de conducirnos á Europa, después de disparar su cañonazo de reglamento levó anclas, llevando á bordo setecientos cincuenta soldados franceses que volvían á su patria. Á bordo supe por mis conversaciones con los oficiales de la tropa repatriada, que ya había orden de que tres transatlánticos, que deberían llegar en breve á Veracruz, condujesen todo el resto de tropas francesas que aun quedaban en México.

Después de hacer escalas en la Habana y en San Thomas, arribamos á tierra de Francia veintiséis días después de haber salido de Veracruz, es decir el día ocho de septiembre.

Tan luego como desembarcamos en San Nazario, me

dirigí á la oficina telegráfica, donde transmití en el acto el mensaje cifrado que llevaba para el general Almonte para que éste á su vez lo transmitiera á la Emperatriz al punto donde ésta se encontrara.

Al día siguiente salí para París y tan luego como llegué á la capital de Francia, me dirigí á la legación de México, y allí el general Almonte me refirió punto por punto lo ocurrido entre Napoleón y Carlota, y cómo de ahí la Emperatriz se había dirigido por Turín y Milán á Venecia y de ahí á Miramar; agregó el general Almonte que como ya Su Majestad sabía que yo me encontraba en Francia, debía cuanto antes emprender mi marcha para Miramar, pues la Soberana me esperaba con ansiedad para saber noticias de México y de su esposo.

Como aquel día era domingo, y no podía cobrar mi letra sobre París tuve que esperar hasta el siguiente, en que salí para Viena y de allí me dirigí en el acto á Trieste adonde llegué en la mañana del catorce de septiembre.

Me fué concedido entonces conocer ese maravilloso ferrocarril que atraviesa las escarpadas montañas de la Styria por el Semmering, donde poderosísimas locomotoras conducen á los viajeros á las alturas que solo las águilas habitan, y descienden después á sombrías profundidades, pasando por varios túneles que perforan aquellas colosales montañas.

Á uno y otro lado de la vía férrea el viajero contempla pintorescos castillos ó pequeñas aldeas agrupadas entre las rocas.

Llega la noche y el tren sigue su rápida marcha á través de las montañas en plena obscuridad. Á la madrugada se llega á un punto denominado Navresina desde donde contemplamos la más bella salida de sol.

El Adriático refleja los rayos del astro rey y allá en el fondo á la orilla del mar, se ve una mancha multicolor que va aumentando á medida que el tren avanza y que luego se convierte en un grupo de embarcaciones. Es la flota austriaca anclada en el puerto de Trieste, adonde regresó después de la batalla de Lissa ganada por el almirante Tegetoff, con unos cuantos barcos viejos de madera, sobre la magnífica escuadra italiana al mando del almirante Persano.

Al lado del puerto de Trieste se ven muchos puntos blancos que van ascendiendo por la verde falda de las colinas que rodean la ciudad.

Más cerca del viajero y separada de la ciudad por una faja de arena que forma una extensa calzada, se ve otro punto blanco que se adelanta atrevidamente hasta el mar sobre una roca, destacando su hermosa y esbelta silueta sobre el azul del cielo.

Es el Castillo de Miramar, feérica mansión del archiduque Maximiliano de Hapsburgo.

Mi pluma inexperta no será la que describa esa mansión de hadas. Ya un notable estilista francés, Víctor Tissot, lo hizo magistralmente en las líneas que á continuación traduzco de una de sus obras de viajes.

« Miramar está á una legua de Trieste. El camino que

conduce al castillo es delicioso : sigue la orilla del mar que se ahueca, que se adelanta, que se redondea siempre orlado de un elegante encaje de espuma. Cuando este mar no tiene furores de hechicera tiene gracias de jovencilla. Sus olas son límpidas y azules, su aliento refrescante, su voz tierna como un suspiro. Vuelos de gaviotas se desgranán en derredor nuestro en el azul del cielo y en alta mar pasan como sombras de navíos náufragos, las formas indecisas de las grandes embarcaciones. Algunas lanchas de encarnadas velas cortan bruscamente la armonía de este cuadro de argentados y vaporosos colores.

Del lado de la orilla hay una multitud de villas encantadoras, blancas enteramente, que asemejan á una bandada de locas bañadoras. A través de los intersticios de follaje se admira su pórtico de mármol, su elegante fachada adornada de un balcón de donde se desbordan las plantas trepadoras y presentan á las pintadas mariposas y á las abejas de oro una verdadera escala de flores.

Al extremo del camino sobre un pintoresco promontorio se percibe el castillo de Miramar ; sus almenadas torres, su arquitectura maciza dominan el mar con el aspecto altivo y melancólico de una fortaleza.

La historia de este castillo jamás ha sido contada y sin embargo merece serlo. El lector encontrará sin duda algún interés en conocerla.

En 1856, el joven archiduque era comandante de la marina austriaca, cuyas victorias preparaba. No pensaba en Miramar, ni esperaba tampoco ser un día gobernador de las provincias lombardas ; ya había hecho un viaje á Grecia y al Asia Menor, recorrido la España, Portugal, la Sicilia ; visto el Oriente y la Tierra Santa. Amaba el mar con un amor de marino y había fijado su residencia en

Trieste; á menudo en medio de la tempestad, subía en una barca y le agradaba afrontar solo el peligro. Un día de muy fuerte temporal, su embarcación fué levantada como una pluma y llevada más allá del cabo Griñano. Allí, no más viento, una agua tan calmada y tranquila como la de un lago. Maximiliano bajó á tierra y encontró una posición tan favorable y un punto de vista tan hermoso que resolvió construir allí una casita de pescador. Compró el terreno y comenzó por hacer en él ensayos de cultivo de plantas exóticas, no dudando de la fecundidad extraordinaria de ese suelo expuesto al pleno sur.

Al año siguiente se casó con la hija del Rey de los belgas con la varita de oro que le aportó esta princesa, la caña se transformó en palacio digno de un rey.

En aquella época Maximiliano se ocupaba mucho de arquitectura; había concebido la idea de esa admirable iglesia votiva que es una de las joyas de la ciudad de Viena, y se aplicó en trazar con su propia mano el plano de Miramar. Los trabajos se impulsaron con actividad, pero en 1858, cuando debió abandonar la Lombardía no había terminado más que la casa rústica que se eleva en la cima de la colina. Allí se instaló con su esposa y encontró esta habitación tan encantadora que no quiso ya abandonarla ni aun después de concluído el castillo. Figuraos un gran «Chalet» tapizado de madre selva y de guirnaldas de parras, rodeado de un bosquecillo de camelias y de rosalaurel que le dan sombra con el misterio de cortinas de alcoba. ¡Qué dulce debía ser la vida en este retrete enervante de flores y cantos de aves, en este nido de verde acariciador y con este bello cielo azul en la cabeza! Allí, todo hablaba de amor: el ruiseñor que hacía su nido bajo el techo de la hermosa casita, la flor abierta á la sonrisa del alba, la

mar estremeciéndose bajo la mirada de las estrellas y esa dulce brisa que murmura en las hojas y que durante las bellas noches parece hacer creer que los árboles tienen también un lenguaje, que sus troncos se enlazan y se confunden en misteriosos besos. Todo lo que es suficiente para la dicha, llenaba esta soledad donde Maximiliano había realizado el ensueño moderno, de un corazón y una bolsa. La generosidad de este príncipe hacía indispensable este último elemento de ventura porque le agradaba rodearse de artistas, de hombres de letras, de sabios; los colmaba de atenciones, no olvidando esos pequeños regalos tan propios para conservar la amistad. ¡Ah! si esas alamedas pudiesen hablar, si esos árboles pudieran repetir lo que han escuchado, penetraríamos hasta el fondo de esa alma, veríamos cuán nobles y grandes eran los proyectos y las ideas que en ella maduraban.

Maximiliano era ante todo un hombre de corazón. Su recuerdo se venera aún hoy en esas provincias lombardas que administró como amigo y como padre; y en ese México donde nunca quiso reinar como conquistador, los indios de las cercanías de Querétaro no construirán una cabaña sin poner en ella, como un talismán, una piedra arrancada del cerro donde fué fusilado. Á la llegada de su ataúd á Trieste jamás se vió emoción semejante: los almacenes se cerraron, el trabajo quedó suspendido; por todas partes no se veía más que gentes vestidas de luto y mujeres que sollozaban. Durante muchos años la clase baja de la población no ha querido creer en su muerte: ¡Él volverá, decían, Él volverá!

Cuando se piensa en la vida feliz que habrían podido llevar allí, cuando se evoca ese pasado de horas lentas y sin alarmas y se piensa que Él ya no existe, que Ella tam-

bién ha muerto aunque vive, se siente una tristeza indefinible al franquear la reja de esta residencia, no se pueden recorrer estos jardines llenos de encantos sin colocar en ellos escenas de ventura; — en esas alamedas bañadas por una luz verde y crepuscular la imaginación cree ver todavía una pareja enlazada que en ellas desaparece. Es un paraíso perdido, donde, como en el otro, Eva fué la que primero pecó: la serpiente del orgullo se dirigió desde luego á la mujer que cogió la manzana y la mordió presentándola después á su esposo. Esa cabeza juvenil de archiduquesa tenía nostalgias de corona y de gloria. En la terrible aventura de México los futuros historiadores deben buscar á la mujer.

Pero entremos en ese castillo que excita en Viena celos tanto más vivos cuanto que Maximiliano era el hombre más popular de la monarquía; la puerta está abierta, no se os pregunta ni vuestro nombre ni vuestras cualidades. Se viene aquí como á una peregrinación.

En el vestíbulo una docena de alabardas en el rastrillo indican que se entra en la casa de un príncipe de sangre: el aspecto poco guerrero de estas armas de parada está todavía más suavizado por la venticidad de una copa de mármol donde beben dos palomas de arqueado cuello, de estremecientes alas. La ventana del tondo sirve de marco al golfo de Trieste. Es una decoración maravillosa.

El gabinete de trabajo y la alcoba se abren sobre el vestíbulo y son la reproducción exacta de los dos camarotes que Maximiliano ocupaba en la fragata « Novara », en la cual dió la vuelta al mundo. Sobre la mesa de noche una miniatura de la Emperatriz Carlota. La biblioteca es rica en libros de ciencia, de historia y de viajes en todos los idiomas; á la edad de diez y ocho años Maximiliano

hablaba el francés, el inglés, el italiano, el español, el húngaro, el eslavo, el griego y el latín. Estatuas del Dante, de Goethe, de Shakspeare, de Homero adornan esta pieza de un estilo sobrio y elegante. Es en este gabinete que tiene vista sobre el mar, cuya sublime inmensidad amaba tanto, donde Maximiliano escribió sus cuatro volúmenes de Memorias, de Bosquejos de viaje, de Aforismos y de Poesías. No conozco lugar más maravillosamente escogido para el ensueño y el trabajo, el pensamiento y el olvido, así es que la inspiración fué afortunada y la Alemania entera estuvo unánime en conceder al archiduque la corona de los poetas-reyes, menos pesada y sobretodo menos frágil que la de los reyes-poetas. Maximiliano tenía un talento descriptivo exquisito, observaba con delicadeza y escribía con arte. ¿ Queréis un ejemplo? He aquí el consejo que da á los viajeros fantasistas como él: « ¿ Gentes que viajáis, queréis juzgar una ciudad antes de entrar en ella? Si está dominada por elevados y negros campanarios, por cúpulas relucientes, entrad y encontraréis en ella hermosos monumentos, grandes recuerdos; pero si se presenta á vuestras miradas sin construcciones elevadas, no vayáis, porque no encontraréis en ella más que calles y casas uniformes, no entréis si no es que el azúcar y el algodón tienen para vosotros más importancia que todo lo demás. Si desde lejos percibís colosales chimeneas huid de ella como al aspecto de molinos de viento, porque entre todas las ciudades, las ciudades donde hay fábricas son las más fastidiosas, matan el talento y el corazón y convierten á los hombres en máquinas. »

Adoraba la Italia. Nápoles era para él « un pedazo del paraíso caído del cielo. » Ha descrito esta ciudad con la pluma de un serafín mojada en el oro de una estrella.

En el salón dominan los retratos del Emperador y de la Emperatriz de Austria. En la alcoba se encuentran los del Emperador Napoleón III y de la Emperatriz Eugenia. La capilla ha sido construída según el modelo de la Santa Capilla de Jerusalem.

El pimer piso encierra toda una colección de cuadros antiguos y retratos. En la sala llamada del Emperador Pío IX está colocado frente á frente de la reina Isabel. Se nota allí también un cuadro de Rafael y el escritorio de María Antonieta, de madera de rosa. La sala de conversación está cubierta de pinturas que representan la historia de Miramar, la llegada de los Romanos, el Emperador Leopoldo I recibido en Trieste, la diputación mexicana presentándose ante Maximiliano, y la partida para México. Lo mismo que el castillo imperial de Viena el castillo de Miramar posee su sala del trono.

La escalera en el estilo gótico alemán es de madera esculpida con estatuas de heraldos y hombres de armas, sosteniendo candelabros. Las paredes están cubiertas de trofeos indios traídos del Archipiélago.

Maximiliano tenía por la naturaleza la pasión ideal de un Juan Jacobo Rousseau; — veía en las plantas otra cosa más que la tisana, amaba sus colores, sus formas variadas, sus perfumes, las cultivaba como hombre de gusto y como artista, y los describía como poeta. Con profusión las ha esparcido en derredor de Miramar, cambiando en un oasis una roca árida y ardiente, y aclimatando en esta latitud la vegetación friolenta y radiante del Oriente. De lo alto de los terrados, la vista recorre todo el diapasón de los tamarindos, de los boababs, de los algodoneros, de los pinos-parasol, de los cactus y de las higueras. Hay allí palmas que hacen pensar en Pablo y Virginia y que él

llamaba en su lenguaje figurado « hadas nacidas del sueño de los dioses », comparando también la graciosa inflexión de sus hojas « al baile de las gracias ». Hay allí prados de una riqueza de tonos tan brillante que se creería estar sembrados de piedras preciosas y bordados como casullas; hay espaldares que se abren sobre el mar semejantes á grutas de ninfas, fuentes estrelladas de lotos apareciendo como grandes espejos en el centro de los prados y destacando su blancura, sobre los negros bosquecillos, algunas estatuas mitológicas calentando al sol su divina desnudez.

Maximiliano amaba tanto su Miramar que ha hecho de él un retrete encantado de las Mil y Una Noches. Así, si en el otro mundo hay una recompensa para los que han injustamente sufrido, debe serle permitido volver algunas veces á esas alamedas que él ha plantado, á buscar en ellas las huellas de la pobre Otelia.

En México sus únicos momentos de recreación eran los que consagraba á Miramar; dirigía su antigua residencia como si debiese volver á ella algún día; por cada correo trasmitía sus órdenes para cambiar ó quitar las flores de tal prado, para amueblar tal sala, para hacer agregados por un lado ó reparaciones por otro. Miramar era para él el cayado y el sombrero del pastor convertido en rey, sus recuerdos que le traían á la memoria su pasada felicidad suavizaban las sombrías preocupaciones del presente, haciendo sonreír el porvenir.